

manisero *cloaca*
Confidencias
HOMENAJE A LAS CLOACAS
 Por Guillermo Villarronda

Las cloacas habaneras debieran recibir un homenaje nacional. Lo merecen. Desde que el sol asoma por la boca desdentada del Morro hasta que las primeras sombras se remozan el permanente en el crepúsculo, las cloacas capitalinas no hacen más que erupcionar perfumes. Es su oficio. Y la complacencia de ciertos ministros, según parece.

Las cloacas tienen ya importancia histórica. Cientos de miles de ratas, ratones y rateros conocen de sus virtudes. Por sus laringes "aromosas", hijas del sándalo y el jazmín, han pasado al misterio cantidades de perseguidos por la policía, la locura

y el hambre. Pero cuanto ser humano se ha visto envuelto en el aliento sin par de una cloaca, o se ha entregado al primer vigilante o ha cantado el manisero. Nadie resiste la emanación espiritual de una cloaca. Sin embargo, recuerdo a un mendigo que pasó el epílogo de su vida tragado por un tragante. Lo hizo en compañía de una botella de aguardiente, unos cuantos cabos de tabaco y decorosos deseos de llegar al "otro barrio".

Una mañana clara lo encontraron, todavía caliente, vestido de fango y humedad. Ahora comprendo por qué

resistió: quería suicidarse.

¿En qué consistiría el homenaje con el cual exaltaríamos a las cloacas? Pues permitiéndoles seguir "embalsamando" el ambiente con ráfagas de rosas, azucenas, alhelíes. Y, para lograrlo, lo primero que habría que hacer es conseguir que Salubridad y Obras Públicas, unidas por indestructibles lazos sanitarios, pusieran en cada una de esas aberturas un cartelito que dijera: ¿Qué suerte tiene el cubano! O este otro: "Abra un tragante y cuente mil".

Con ello se dignificaría algo que está indudablemente en el ambiente...

¿Verdad que es una idea feliz?

¡Ah, bueno!

Revista marzo 1961